

cados del siglo. «William Simpson (1), uno de sus discípulos, recibió del Señor la orden de ir varias veces desnudo y descalzo, durante tres años, á los mercados, á los pueblos, á las ciudades, á las casas de los sacerdotes y á las casas de los poderosos, diciéndoles: Todos os veréis despojados y desnudos, como yo.—Y otras veces recibió la orden de ponerse un saco en la cabeza, y embadurnarse la cara, y decirles: El Señor embadurnará vuestra religión, como me veis á mí.» Una mujer entró en la capilla de White-Hall completamente desnuda, durante el culto, estando presente el lord Protector. Un cuáquero fué á la puerta del Parlamento con una espada desenvainada é hirió á varias personas presentes, diciendo que el Espíritu Santo le había inspirado la idea de matar á todos los que tomasen asiento en la Cámara. Los hombres de la quinta monarquía creían que iba á bajar el Cristo á reinar en persona en la tierra durante mil años, teniendo á los santos por ministros. Los *ranters* reconocían como signo principal de la fe las vociferaciones furiosas y las contorsiones. Los buscadores pensaban que la verdad religiosa no debe vislumbrarse más que en una especie de niebla mística, con duda y aprensión. Los muggletonianos decidían que «John Reeve y Ludovick Muggleton eran los dos últimos profetas y mensajeros de Dios»; declaraban á los cuáqueros poseídos del diablo, exorcisaban al demonio y profetizaban que William Penn se condenaría. He citado hace poco á Naylor, antiguo ayudante general del general Lambert, adorado por sus sectarios como un Dios. Varias mujeres guiaban su caballo; otras arrojaban delante de él pañuelos, cantando: Santo, Santo, Señor Dios. Le

(1) *Fox's Journal*, 511 y 543.

llamaban el más hermoso de los diez mil, el Hijo único de Dios, el profeta del Altísimo, el Rey de Israel, el Hijo eterno de la justicia, el Príncipe de la paz, Jesús, aquel en quien reside la esperanza de Israel. Una de ellas, Dorcas Erbury, declaró que había estado muerta dos días enteros en su prisión de Exeter, y que Naylor la había resucitado imponiéndola las manos. Sarah Blackbury, encontrándole preso, le cogió de la mano, y le dijo: «Levántate, amor mío, paloma, hermosura, y vente.» Le besó la mano, y se prosternó delante de él. Cuando le pusieron en la picota, algunos de sus discípulos cantaban, lloraban y se golpeaban el pecho; otros le besaban las manos, se inclinaban sobre su seno y le besaban las heridas (1). No hubiera hecho más un manicomio suelto.

Por debajo de esta ebullición desordenada de la superficie, la fe nueva hacía su obra en las capas sanas y profundas de la nación: obra práctica y positiva, política y moral. Mientras la reforma alemana, con arreglo al modo de ser alemán, producía libretos voluminosos y una escolástica, la reforma inglesa, con arreglo al modo de ser inglés, engendraba acciones é instituciones. «¿Cómo será gobernada la Iglesia de Cristo?» He ahí la gran cuestión que se agita entre las sectas. La Cámara de los Comunes pregunta á la asamblea de los teólogos «si las asambleas locales (2), provinciales y nacionales son de derecho divino y se hallan instituidas por voluntad y mandato de Jesucristo. Si lo son todas. Si no lo son más que algunas y cuáles. Si las apelaciones á las asambleas provinciales

(1) *Burton's Diary*, I, 54.—Neal: *History of the Puritans* (suplemento, t. III).—*Pictorial History*, III, 813.

(2) En inglés, *classical*.

y nacionales contra los ancianos de una congregación son de derecho divino y se hallan instituidas por voluntad y mandato de Jesucristo. Si sólo algunas son de derecho divino, y cuáles. Si el poder de las asambleas, en punto á tales apelaciones, es de derecho divino, y por voluntad y mandato de Jesucristo, y otras cien cuestiones del mismo género. El Parlamento declara (1) que, según la Escritura, las dignidades de sacerdote y obispo son iguales, regula las ordenaciones, las convocaciones, las excomuniones, las jurisdicciones, las elecciones, y emplea la mitad de su tiempo y gasta todas sus fuerzas en fundar la Iglesia presbiteriana.—Entre los independientes, asimismo, el fervor engendra el valor y la disciplina. Las *costillas de hierro* de Cromwell «son en su mayor parte (2) hijos de terratenientes libres que van á la guerra por un principio de conciencia, y que, bien armados interiormente por la satisfacción de su conciencia y exteriormente por buenas armas de hierro, se hacen firmes ó cargan con furia como un solo hombre». Ese ejército, donde cabos inspirados predicán á coroneles tibios, opera con la solidez y la precisión de un regimiento ruso; es un deber, un deber para con Dios, disparar con acierto y marchar en línea de batalla, y el perfecto cristiano produce el perfecto soldado. No hay separación aquí entre la especulación y la práctica, entre la vida privada y la vida pública, entre lo espiritual y lo temporal.

Esos hombres quieren aplicar la Escritura, establecer «el reino de Dios en la tierra», instituir, no sólo una Iglesia cristiana, sino una sociedad cristiana,

(1) Neal, II, 359.

(2) *Whitelocke's memorials*, I, 68.

convertir la ley en guardián de las costumbres, imponer la piedad y la virtud; y por cierto tiempo lo consiguen. «Aunque se echase abajo la disciplina de la Iglesia (dice Neal) (1), había un espíritu extraordinario de devoción entre el pueblo en el partido del Parlamento. El día del Señor se guardaba con una exactitud notable; las iglesias estaban llenas de oyentes atentos; tres ó cuatro veces al día los agentes de paz patrullaban por las calles y cerraban todos los establecimientos públicos. Nadie viajaba por los caminos ni paseaba por el campo, excepto en caso de absoluta necesidad. En el seno de las familias privadas había establecidos ejercicios religiosos, como leer la Escritura, rezar en familia, repasar sermones, cantar salmos; y eso era tan universal que hubieseis podido recorrer toda la ciudad de Londres en la tarde del domingo, sin ver una persona ociosa, ni oír otra cosa que el rumor de las oraciones ó de los cánticos que salían de las iglesias y de los establecimientos públicos (2). La gente no vacilaba en levantarse antes de amanecer y andar una gran distancia para tener la dicha de oír la palabra de Dios. No había casas de juego ni de prostitutas. No se oían en las calles juramentos profanos, ni se presenciaban escenas de embriaguez, ni ninguna clase de desórdenes... Los soldados del Parlamento acudían en masa á los sermones, hablaban de religión, rezaban y cantaban salmos juntos, estando de guardia.» En 1644 el Parlamento prohibía vender géneros en domingo, «viajar, trans-

(1) Neal, II, 155.

(2) Compárese con nuestra revolución: demolida la Bastilla, se puso allí el cartel siguiente: «Aquí se balla.» Ese contraste presenta en compendio la oposición de las dos doctrinas y de las dos naciones.

portar cargas, hacer ningún trabajo mundano, so pena de diez chelines de multa para el viajero y de cinco chelines por cada carga»; prohibía igualmente «tomar parte en ninguna lucha, repique de campanas, tiro, mercado, baile ó juego», ni asistir siquiera á tales cosas, «so pena de una multa de cinco chelines por cada persona de más de catorce años. Si hubiera niños que concurriesen en esas faltas, los padres ó tutores pagarán doce peniques por cada falta. Si las diversas multas supradichas no pudiesen ser satisfechas, se meterá á los culpables en los cepos durante tres horas. Cuando los independientes llegaron al poder, aún fué más rígida la severidad. Los oficiales del ejército, habiendo sido convicto de blasfemia uno de sus mariscales de logis, decidieron que «se le atravesase la lengua con un hierro candente, que se le rompiese la espada sobre la cabeza y se le expulsase del ejército». Durante la expedición de Cromwell á Irlanda, «no se oía una blasfemia en todo el campamento; los soldados empleaban las horas de ocio en leer la Biblia, en cantar salmos y en celebrar conferencias religiosas (1)». En 1650 se duplicaron las penas impuestas á los profanadores del domingo. Se dieron leyes duras contra las apuestas, se calificó de crimen la galantería, se demolieron los teatros, se multó á los espectadores, se vapuleó á los actores, y se castigó de muerte el adulterio: para herir mejor al vicio perseguían el placer. Pero, si eran austeros con los demás, lo eran consigo mismos, y practicaban las virtudes que imponían. Después de la Restauración, dos mil ministros, por no conformarse con la nueva liturgia, renunciaron á sus curatos, condenándose á morir de

(1) Neal, II, 552, 562, 571.

hambre con sus familias. «Muchos de ellos, no creyéndose con derecho á abandonar su ministerio después de haber sido destinados á él por la ordenación, predicaron en los campos y en las casas particulares á los que querían oírlos, hasta que los prendían y encerraban en prisiones donde pereció un gran número (1).

Los cincuenta mil veteranos de Cromwell, licenciados de golpe y sin recursos, no proporcionaron ningún recluta á los vagabundos y bandidos. «Los mismos realistas confesaron que, en todos los ramos de la industria honrada, prosperaban más que los otros hombres; que á ninguno se acusaba de latrocinio; que á ninguno se veía pedir limosna, y que si un panadero, un albañil ó un carretero llamaba la atención por su sobriedad y por su laboriosidad, era lo más probablemente uno de los antiguos soldados de Cromwell» (2). Purificados por la persecución y ennoblecidos por la paciencia, acabarán por conquistar la tolerancia de la ley como el respeto del público, y levantarán la moral nacional como han salvado la libertad nacional. Entre tanto, los otros, fugitivos en América, llevan hasta lo último ese espíritu religioso y estoico, con sus debilidades y sus energías, con sus vicios y sus virtudes. Su voluntad, aguijada por una fe ferviente, dirigida por entero á la vida política y práctica, inventa la emigración, soporta el destierro, rechaza á los indios, fertiliza el desierto, erige la moral rígida en ley civil, instituye y arma á la Iglesia y funda el Estado sobre la Biblia (3).

(1) Baxter, 101.

(2) Macaulay, *History of England*, I, 152.

(3) «Se azota en público al llamado John Denis por haber cantado una canción profana. La niña Mathias, que ha dado

No es de semejante concepción de la vida de donde puede salir una verdadera literatura. Falta aquí la idea de lo bello; ¿y qué es sin esa idea, una literatura? Se proscriben la expresión natural de los movimientos del corazón; ¿y qué es sin esa expresión, una literatura? Han abolido como impiedades el drama libre y la rica poesía que el renacimiento había producido. Rechazan como cosas profanas, el estilo adornado y la amplia elocuencia que la imitación de la antigüedad y de Italia había implantado en torno de ellos. Desconfían de la razón y son incapaces de filosofía. Ignoran las divinas languideces de la *Imitación* y las ternuras conmovedoras del Evangelio. No se encuentra en su carácter más que virilidad, ni en su conducta más que austeridad, ni en su inteligencia más que exactitud. No se ve entre ellos más que teólogos ardorosos, controversias minuciosas, hombres de acción enérgicos, cerebros limitados y pacientes, enteramente preocupados de pruebas positivas y de obras efectivas, desprovistos de ideas generales y de gustos delicados, aferrados á los textos, razonadores secos y obstinados que atormentan la Escritura para extraer de ella una forma de gobierno ó un código de doctrina. Nada más estrecho y más feo que esas investigaciones y disputas. Un folleto del tiempo pide la libertad de conciencia y saca sus argumentos: «1.º, de la parábola del trigo y de la cizaña, que crecen juntos hasta la siega; 2.º, de esta prescripción de los apóstoles: Que todo hombre sea persuadido en su propio entendimiento; 3.º, de este texto: Donde quiera que falta la fe está

castañas asadas á Jeremías Boosy, y le ha dicho con ironía que se las devolverá en el Paraíso, pedirá gracia tres veces en la iglesia, y estará presa tres días á pan y agua.» Massachusetts, 1660-1670.

el pecado; 4.º, de esta regla divina de nuestro Salvador: Haced á los demás lo que quisierais que se os hiciese á vosotros (1).»

Más tarde, cuando la Cámara enfurecida quiere juzgar á Naylor, el proceso se engolfa en una interminable discusión teológica y jurídica, sosteniendo unos que el crimen cometido es una idolatría, otros que es una seducción, y vaciando todos ante la asamblea su arsenal de comentarios y de textos. Rara vez se ha visto una generación más falta de todas las facultades que producen la contemplación y el ornato, más reducida á las facultades que alimentan la discusión y la moral. Como un espléndido insecto que se ha transformado y ha perdido las alas, se ve á la poética generación de Isabel desaparecer y no dejar en su puesto más que una torpe oruga, hilandera tenaz y útil, armada de patas industriosas y de mandíbulas temibles, ocupada en roer hojas viejas y en devorar á sus enemigos. Nada de estilo; hablan como hombres de negocios; á lo sumo, algún que otro folleto de Prynne tiene vigor. Las historias—la de May, por ejemplo,—son vulgares y pesadas. Las memorias, aun las de Ludlow y de mistres Hutchinson, son largas, enojosas, verdaderos alegatos desprovistos de acento personal, huérfanos de efusión y de atractivo; todos «parecen olvidarse de sí, y no se ocupan más que de los destinos generales de su causa (2)». Buenas obras de piedad, sermones sólidos y convincentes, libros sinceros, edificantes, escrupulosos, metódicos, como los de Baxter, de Barclay, de Calamy, de John Owen, relatos personales como el de Batxer, como el diario

(1) Neal, II, 384.

(2) Guizot, *Portraits politiques*.

de Fox, como la vida de Bunyan, una gran provisión de documentos y de argumentos concienzudamente ordenada: he ahí todo lo que ofrecen: el puritano destruye el artista, enrijece el hombre, entorpece el escritor, y no deja en pie del artista, del hombre, del escritor, más que una especie de ser abstracto, servidor de una consigna. Si entre ellos se encuentra un Milton, es porque, gracias á sus vastas curiosidades, á sus viajes, á su educación enciclopédica, y sobre todo, á su adolescencia empapada en la gran poesía de la edad precedente, y á su independencia de espíritu altivamente defendida aun contra los sectarios, Milton se sale de la secta. Hablando propiamente, no podían tener más que un poeta, poeta sin quererlo, un loco, un mártir, héroe y víctima de la gracia, verdadero predicador, que encuentra la belleza por acaso, buscando lo útil por principio, pobre calderero que, empleando las imágenes para ser comprendido de jornaleros, marineros y criadas, llega, sin pretenderlo, á la elocuencia y aun á veces al arte elevado.

VI

Después de la Biblia, el libro más difundido en Inglaterra es el *Viaje del Peregrino* por el calderero Bunyan. Es que el fondo del protestantismo es la doctrina de la salvación operada por la gracia, y que, para hacer sensible esta doctrina, ningún artista ha igualado á Bunyan (1).

Para hablar bien de las impresiones sobrenaturales,

(1) *Bunyan, his life, times and work*, by John Brown (1885).

es preciso estar sujeto á las impresiones sobrenaturales. Bunyan tuvo el género de imaginación que las produce. Esa imaginación, poderosa como la de los artistas, pero más violenta que la de los artistas, obra en el hombre sin el concurso del hombre, y le asedia con espectáculos que él no ha querido ni previsto. Desde ese momento hay en él como un segundo ser, soberano del primero, grandioso y terrible, cuyas apariciones son repentinas, cuyos procederes son desconocidos, que duplica ó quebranta sus facultades, que le prosterna ó le exalta, que le baña en sudores de angustia, que le arrebató con transportes de alegría, y que, por su fuerza, su rareza y su independencia, le atestigua la presencia y la acción de un amo superior y extraño. Bunyan, como Santa Teresa, tuvo visiones desde la infancia; «le alteraba sobremanera la idea de los tormentos horribles del fuego del infierno»; permanecía triste en medio de sus juegos, creyéndose condenado, y tan desesperado estaba «que deseaba ser un demonio, suponiendo que los demonios son solamente verdugos, y que vale más ser atormentador que verse atormentado.» Era ya la obsesión de las imágenes precisas y corporales. Bajo su imperio cesa la reflexión, y el hombre se precipita á la acción de golpe. El primer movimiento la arrastraba á locas determinaciones, con los ojos cerrados, como lanzado por una rígida pendiente. Un día, viendo pasar por el camino una culebra, la dió un bastonazo y la dejó aturdida. «Luego la obligué á abrir la boca con el bastón y la arranqué el aguijón con los dedos: acción desesperada que, á no ser por la misericordia de Dios, hubiera acarreado mi fin.» Desde sus primeros ensayos de conversión, fué extremado en sus emociones, y se sintió subyugado por la vista de los objetos físicos: